

jantes ardidés debió Roma en mucha parte el dominio del orbe.

CARTA XVII.

DE BEN-BELEY A GAZEL.

DE todas tus Cartas, recibidas hasta ahora, infiero que me pasaria en lo bullicioso y lucido de Europa lo mismo que experimento en el retiro de Africa, árida é insociable, como tú la llamas desde que te acostumbras á las delicias europeas. Nos fastidia con el tiempo el trato de una muger que nos encantó á primera vista: nos cansa un juego que aprendimos con ansia; nos molesta una música que al principio nos arrebatava; nos empalaga un plato que nos deleytó la primera vez; la Corte que al primer dia nos encantó, despues nos repugna, la soledad que nos parecia deliciosa la primera semana, nos causa despues melancolia; la virtud sola es la cosa que es mas amable, quanto mas la conocemos y cultivamos.

Te desco bastante fondo de ella para alabar al Ser supremo con rectitud de corazon; tolerar los males de la vida; no desvanecerte con los bienes; hacer bien á todos; mal á ninguno;

vivir

vivir contento; esparcir alegría entre tus amigos; participar sus pesadumbres, para aliviarles el peso de ellas; y volver salvo y sabio al seno de tu familia, que te saluda muy de corazon con vivisimos deseos de abrazarte.

CARTA XVIII.

DE GAZEL A BEN-BELEY.

HOY sí que tengo una extraña observacion que comunicarte. Desde la primera vez que desembarqué en Europa, no he observado cosa que me haya sorprendido, como la que te voy á participar en esta Carta. Todos los sucesos politicos de esta parte del mundo, por extraordinarios que sean, me parecen mas fáciles de explicar que la freqüencia de pleytos entre parientes cercanos, y aun entre hijos y padres. Ni el descubrimiento de las Indias orientales y occidentales, ni la incorporacion de las coronas de Castilla y Aragon, ni la formacion de la República Holandesa, ni la constitucion mixta de la gran Bretaña, ni la desgracia de la casa de Stuart, ni el establecimiento de la de Braganza, ni la cultura de Rusia, ni suceso alguno de esta calidad, me sorprende tanto como ver pleytear padres con hijos. ¿En qué

CART. MAR.

4

puede fundarse un hijo, para demandar en justicia contra su padre? ¿O en que puede fundarse un padre, para negar alimentos á su hijo? Es cosa que no entiendo. Se han empeñado los sabios de este país en explicármelo, y mi entendimiento en resistir á la explicacion, pues se invierten todas las ideas que tengo de amor paterno, y amor filial.

Anoche me acosté con la cabeza llena de lo que sobre este asunto habia oido, y me ocurrieron de tropel todas las instrucciones que oí de tu boca, quando me hablabas en mi niñez sobre el carácter de padre, y el rendimiento de hijo. Venerable Ben-Beley, despues de levantar las manos al Cielo, taparéme con ellas los oidos para impedir la entrada á voces sediciosas de jóvenes necios, que con tanto desacato me hablan de la dignidad paterna. No escucho sobre este punto mas voz, que la de la naturaleza tan eloqüente en mi corazon, y mas quando tú la acompañaste con tus sabios consejos. Este vicio europeo no llevaré yo á Africa. Me tuviera por mas delinqüente, que si llevase á mi patria la peste de Turquía. Me verás á mi regreso tan humilde á tu vista, y tan dócil á tus labios, como quando me sacaste de entre los brazos de mi madre moribunda, para servirme de padre por la muerte de quien

me engendró. * Desde ahora aceleraré mi vuelta para que no me contagie mal tan engañoso, que se hace apetecible al mismo que lo padece; volaré hasta tus plantas; las besaré mil veces; postrado me mantendré sin alzar los ojos del suelo, hasta que tus benignas manos me lleven á tu pecho; reverenciaré en tí la imágen de mi padre; y dios desde la altura de su trono... *Aquí está borrado el manuscrito.....* Si con ménos respeto te mirára, creo que vibraria la mano omnipotente un rayo irresistible que me reduxera á cenizas con espanto del orbe entero, á quien mi nombre vendria á ser de escarmiento infeliz, y de eterna memoria.

¡Que mofa harian de mí algunos jóvenes europeos, si cayesen estos renglones en sus impías manos! ¡quánta necedad brotaria de sus insolentes labios! ¡quán ridiculo objeto seria yo á sus ojos! Pero aun así despreciaria el escarnio de los malvados, y me apartaria de ellos, para mantener mi alma tan blanca como la leche de las ovejas. *

CARTA XIX.

DE BEN-BELEY A GAZEL EN RESPUESTA
DE LA ANTERIOR.

COMO suben al Cielo los aromas de las flores, y como llegan á mezclarse con los celestes coros los trinos de las aves, así he recibido la expresión de rendimiento que ha traído la Carta, en que abominas del desacato de algunos jóvenes europeos hácia sus padres. Mantente contra tan horrendas máximas, como la peña se mantiene contra el esfuerzo de las olas; y creeme, que Alá mira con bondad desde la altura de su trono á los hijos que tratan con reverencia á sus padres; pues los otros se oponen abiertamente al establecimiento de la sabia economía que resplandece en la creación.

CARTA XX.

DE BEN-BELEY A NUÑO.

VEO con sumo gusto el aprovechamiento con que Gazel va viajando por tu pais, y los progresos que hace su talento natural con el auxilio de tus consejos. Su entendimiento solo esta-

ria tan léjos de serle útil sin tu dirección, que mas serviria á alucinarle. A no haberte puesto la fortuna en el camino de este jóven, hubiera malogrado Gazel su tiempo. ¿Que se pudiera esperar de sus viages? Mi Gazel hubiera aprendido, y mal; una infinidad de cosas; se llenaria la cabeza de especies sueltas; y hubiera vuelto á su patria ignorante y presumido. Pero aun así, dime Nuño, ¿son verdaderas muchas de las noticias que me envia sobre las costumbres y usos de tus paisanos? Suspendo el juicio hasta ver tu respuesta. Algunas cosas me escribe incompatibles entre sí. Me temo que su juventud lo engañe en algunas ocasiones, y me represente las cosas no como son, sino quales se le representaron. Haz que te enseñe quantas Cartas me remita, para que veas, si me escribe con puntualidad lo que sucede, ó lo que se le figura. ¿Sabes de dónde nace esta mi confusión, y esta mi eficacia en perderte que me saques de ella, ó por lo ménos que impidas su aumento? Nace, christiano amigo, nace de que sus Cartas, que copio con exáctitud, y suelo leer con frecuencia, me representan tu nacion diferente de todas, en no tener carácter propio, que es el peor carácter que puede tener.

CARTA XXI.

DE NUÑO A BEN-BELEY EN RESPUESTA
A LA ANTERIOR.

No me parece que mi nación esté en el estado que inferes de las Cartas de Gazel, y segun él mismo lo ha colegido de las costumbres de Madrid, y alguna otra ciudad capital. Dexa que él te escriba lo que notare en las provincias, y verás como de ellas deduces, que la nación es hoy la misma que era tres siglos ha. La multitud y variedad de trages, costumbres, lenguas y usos es igual en todas las Cortes por el concurso de extrangeros que acude á ellas; pero las provincias interiores de España, que por su poco comercio, malos caminos, y ninguna diversion, no tienen igual concurrencia, producen hoy unos hombres compuestos de los mismos vicios y virtudes que sus quintos abuelos. Si el carácter español en general se compone de religion, valor y amor á su Soberano por una parte, y por otra de vanidad, desprecio de la industria (que los extrangeros llaman pereza) y demasiada propension al amor, si este conjunto de buenas y malas calidades componian el corazon nacional de los Españoles

cinco siglos ha, el mismo compone el de los actuales. Por cada petimetre que se vea mudar de modas siempre que se lo manda su peluquero, habrá cien mil Españoles que no han reformado un ápice en su traje antiguo. Por cada Español que oigas algo tibio en la fé, habrá un millon que sacarán la espada, si oyen hablar de tales materias. Por cada uno que se emplee en un arte mecánica, habrá un sin número que están prontos á cerrar sus tiendas por ir á las Asturias, ó á las montañas en busca de una exentoria. En medio de la decadencia aparente del carácter nacional se descubren de quando en quando ciertas señales del antiguo espíritu; ni puede ser de otro modo. Querer que una nación se quede con solas sus propias virtudes, y se despoje de sus defectos propios para adquirir en su lugar las virtudes de las extrañas, eso es fingir otra república como la de Platon. Cada nación es como cada hombre que tiene sus buenas y malas propiedades peculiares á su alma y cuerpo. Es muy justo trabajar á disminuir estas, y aumentar aquellas: pero es imposible aniquilar lo que es parte de su constitucion. El proverbio, que dice: *genio y figura hasta la sepultura*, sin duda se entiende de los hombres, y mucho mas de las naciones que no son otra cosa mas que una junta de hombres,

en cuyo número se ven las qualidades de cada individuo. No obstante soy de parecer, que se deben distinguir las verdaderas prendas nacionales de las que no lo son, sino por abuso, ó preocupacion de algunos á quienes guia la ignorancia ó pereza. Exemplares de esto abundan, y su exámen me ha hecho ver con mucha frialdad cosas, que otros paisanos míos no saben mirar sin enardecerse. Daréte algun exemplo de los muchos que pudiera.

Oigo hablar con respeto, y con cariño de cierto traje muy incómodo que llaman á la española antigua. El cuento es, que el traje no es á la española antigua, ni á la moderna, sino totalmente extrangero para España, pues fué traído por la casa de Austria. El cuello está muy sujeto, y casi en prensa; los muslos apretados; la cintura ceñida y cargada con una espada larga y otra mas corta, el vientre descubierto por la hechura de la chupilla; los hombros sin resguardo; la cabeza sin abrigo; y todo esto, que no es bueno, ni español, es celebrado generalmente, porque dicen que es español y bueno; y en tanto grado aplaudido, que una comedia cuyos personajes se vistan de este modo, tendrá, por mala que sea, mas entradas que otra alguna por bien compuesta que esté, si falta este ornamento.

La filosofia aristotélica con todas sus sutilezas, desterrada ya de toda Europa, y que solo ha hallado asilo en este rincón de ella, se defiende por algunos de nuestros viejos con tanto esmero, é iba á decir, con tanta fé, como un símbolo de la Religion. ¿Porque? porque dicen, que es doctrina siempre defendida en España, y que el abandonarla es desdorar la memoria de nuestros abuelos. Esto parece muy plausible, pero has de saber, sabio Africano, que en esta preocupacion se envuelven dos absurdos á qual mayor. El primero es, que habiendo todas las naciones de Europa mantenido algun tiempo el peripateticismo, y desechádolo despues por otros sistemas de ménos gritos, y mas certidumbre; el dexarlo tambien nosotros, no sería injuria á nuestros abuelos, pues no han pretendido injuriar á los suyos en esto los Franceses é Ingleses. El segundo es, que el tal texido de sutilezas, precisiones, transcendencias, y otros semejantes pasatiempos escolásticos que tanto influxo tienen en las otras facultades, nos ha venido de afuera, como se queja uno ú otro hombre docto Español tan amigo de la verdadera ciencia como enemigo de las hinchazones pedantescas, y sumamente ilustrado sobre lo que verdaderamente era ó no era de España, y que escribia quando empezaban á corromperse

los estudios en nuestras Universidades por el método escolástico que habia venido de afuera : lo qual puede verse muy despacio en la apología de la literatura española, escrita por el célebre literato Alonso Garcia Matamoros, natural de Sevilla, maestro de retórica de la Universidad de Alcalá de Henares, y uno de los hombres mayores que florecieron en el siglo nuestro de oro, á saber, el diez y seis.

Del mismo modo quando se trató de introducir en nuestro ejército las maniobras, evoluciones, fuegos y regimen mecánico de la disciplina Prusiana, gritaron algunos de nuestros inválidos diciendo : que esto era un agravio manifiesto al ejército Español, que sin el paso obliquo, regular, corto y redoblado habia puesto á Felipe V en su trono, á Carlos en el de Nápoles, y á su hermano en el dominio de Parma, que sin oficiales introducidos en las divisiones habia tomado á Oran, y defendido á Cartagena; que todo esto habian hecho, y estaban prontos á hacer con su continua disciplina Española : y que parecia tiranía, quando ménos, el quitársela. Pero has de saber, que la tal disciplina no era Española, pues al principio del siglo no habia quedado ya memoria de la famosa, y verdaderamente sabia disciplina que hizo florecer los ejércitos Españoles en Flan-

des y en Italia en tiempo de Carlos V y Felipe II; y mucho ménos de la invencible del gran Capitan en Nápoles. Vino otra igualmente extrangera que la Prusiana, pues era la Francesa, con la qual fué entonces preciso uniformar nuestras tropas á las de Francia, no solo por que convenia que los aliados maniobrasen del mismo modo, sino porque los ejércitos de Luis XIV eran la norma de todos los de Europa en aquel tiempo, como los de Frederico lo son en el nuestro.

¿Sabes la triste consecuencia que se saca de todo esto? No es otra sino que el patriotismo mal entendido, en lugar de ser virtud, viene á ser defecto ridículo, y muchas veces perjudicial á la misma patria. Si, Ben-Beley, tan poca cosa es el entendimiento humano, que si quiere ser un poco eficaz, muda la naturaleza de las cosas de buenas en malas por buenas que sean. La economía muy extremada es avaricia : la prudencia sobrada cobardía : y el valor precipitado temeridad.

Dichoso tú, que separado del bullicio del mundo, emplees tu tiempo en inocentes ocupaciones; y no tienes que sufrir tanto delirio, vicio y flaqueza como abunda entre los hombres, sin que apenas pueda el sabio distinguir, qué es vicio, y qué es virtud entre los varios movimientos que los agitan.

CARTA XXII.

DE GAZEL A BEN-BELEY.

SIEMPRE que las bodas no se forman entre personas iguales en haberes, genios y nacimientos, me parece que las Cartas en que se anuncian á los parientes y amigos de las casas, si hubiera ménos hipocresía en el mundo, se pudieran reducir á estas palabras: *con motivo de ser nuestra casa pobre y noble, enviamos nuestra hija á la de Craso, que es rica y plebeya. Con motivo de ser nuestro hijo tonto, mal criado y rico, pedimos para él la mano de N. que es discreta, bien criada y pobre. O bien á estas: con motivo de que es inquantable la carga de tres hijas en una casa, las enviamos á que sean amantes y amadas de tres hombres, que ni las conocen, ni son conocidos de ellas: ó á otras frases semejantes, salvo empero el acabar con el acostumbrado cumplido de para que mereciendo la aprobacion de Vm. no falte circunstancia de gusto á este tratado, porque es cláusula muy esencial.*

CARTA XXIII.

DEL MISMO, AL MISMO.

HAY hombres en este mundo que tienen por oficio el disputar. Asistí últimamente á unas juntas de sabios que llaman *Conclusiones*. Lo que son no lo sé, ni lo dixéron, ni sé si se entendiéron; ni si se reconciliáron despues, ó si se quedáron con el rencor que se manifestáron delante de una infinidad de gentes, de las quales ni un hombre se levantó para apaciguarlos, no obstante el peligro en que estaban de darse de puñaladas, segun los gestos que hacian y las injurias que se decian; ántes los indiferentes estaban mirando con mucho sosiego, y aun con gusto la quimera de los adversarios. Uno de ellos, que tenia mas de dos varas de alto, casi otras tantas de grueso, fuertes pulmones, voz de gigante y ademanes de frenético, defendió por la mañana que una cosa era negra; y á la tarde que era blanca. Lo celebré infinito, pareciéndome esto un efecto de docilidad poco comun entre los sabios; pero desengañéme, quando ví que los mismos que por la mañana se habian opuesto con todo su brio, que no era corto, á que la tal cosa era

negra, se oponian igualmente por la tarde á que la misma fuese blanca. Un hombre grave que se sentó á mi lado, me dixo, que esto se llamaba defender una cosa problemáticamente; que el sugeto que estaba luciendo su ingenio problemático, era un mozo de muchas prendas y grandes esperanzas; pero que era, como si dixéramos, su primera campaña, y que los que le combatian eran ya hombres hechos á esas contiendas con cincuenta años de fatigas, soldados veteranos, acuchillados y aguerridos. Setenta años, me dixo, he gastado y he criado estas canas, añadió, quitándose una especie de turbante pequeño y negro, asistiendo á estas tareas; pero ninguna vez de las muchas que se han suscitado estas cuestiones, la he visto tratar con el empeño que hoy.

Nada entendí de esto. No puedo comprender que utilidad pueda sacarse de disputar setenta años una misma cosa sin el gusto, ni siquiera la esperanza de aclararla. Comunicando este lance con Nuño, me dixo, que en su vida habia disputado dos minutos seguidos, porque en aquellas cosas humanas en que no cabe la demostracion, es inútil tan porfiada conferencia, pues en la vanidad del hombre, su ignorancia, y preocupacion, todo argumento permanece indeciso, quedando cada argumen-

tante en la persuasion de que su antagonista no entiende la cuestión, ó no quiere confesarse vencido. Soy del dictámen de Nuño, y no dudo que tú lo fuéras si oyéras las disputas literarias de España.

CARTA XXIV.

DEL MISMO, AL MISMO.

UNO de los motivos de la decadencia de las Artes en España, es sin duda la repugnancia que tiene todo hijo á seguir la carrera de su padre. En Lóndres, por exemplo, hay tienda de zapatero que ha ido pasando de padres á hijos por cinco ó seis generaciones, aumentándose el caudal de cada poseedor sobre el que le dexó su padre hasta tener casas de campo y haciendas considerables en las provincias, gobernando estos estados él mismo desde el banquillo en que preside á los mozos de la zapateria en la capital. Pero en este país cada padre quiere colocar su hijo mas alto, y si no el hijo tiene buen cuidado de dexar á su padre mas abaxo; con cuyo método, ninguna familia se fixa en gremio alguno determinado de los que contribuyen al bien de la República por la industria, comercio ó labranza, procurando todos con increíble

anhelo colocarse por este ó por el otro medio en la clase de los nobles, menoscabando al estado de lo que producirían si trabajáran. Si se redujera siquiera su ambición de ennoblecerse al deseo de descansar y vivir felices, tendría alguna excusa moral este defecto político; pero suelen trabajar mas despues de ennoblecidos.

En la misma posada en que vivo, se halla un caballero recién venido de Indias, que acaba de llegar con un caudal considerable. Inferiría qualquiera racional, que conseguido ya el dinero, medio para todos los descansos del mundo, no pensaría el indiano mas que en gozar de lo que fué á adquirir por varios modos á muchos millares de leguas. Pues no, amigo. Me ha comunicado su plan de operaciones para toda su vida, aunque cumpla doscientos años. Ahora me voy, me dixo, á pretender un hábito; luego un título de Castilla; despues un empleo en la Corte; con este buscaré una boda ventajosa para mi hija; pondré un hijo en tal parte; otro en qual parte; casaré una hija con un Marqués; otra con un Conde. Luego pondré pleyto á un primo mio sobre quatro casas que se están cayendo en Viscaya; despues otro á un tio segundo de mi abuelo. Interrumpí su série de proyectos, diciéndole: caballero, si es verdad que os hallais con

seiscientos mil pesos duros en oro ú plata; teneis ya cincuenta años cumplidos y una salud algo dañada por sí, los viages y trabajos, ¿no sería consejo mas prudente el escoger la provincia mas saludable del mundo, estableceros en ella, buscar todas las comodidades de la vida, pasar con descanso lo que os queda de ella, amparar á los parientes pobres, hacer bien á vuestros vecinos, y esperar con tranquilidad el fin de vuestros días sin acarrearoslo con tantos proyectos, todos de ambición y codicia? No Señor, me respondió con furia: como yo lo he ganado que lo ganen otros. Sobresalir entre los ricos; aprovecharme de la miseria de alguna familia pobre para ingerirme en ella y hacer casa, son los tres objetos que debe llevar un hombre como yo: y en esto se salió á hablar con una cuadrilla de Escribanos, Procuradores, Agentes y otros que lo saludaron con el tratamiento que las Pragmáticas señalan para los Grandes del Reyno: lisonjas que naturalmente acabarán con lo que fué el fruto de sus viages y fatigas, y que eran cimiento de su esperanza y necesidad.

CARTA XXV.

DEL MISMO, AL MISMO.

EN mis viages por distintas provincias de España he tenido ocasion de pasar repetidas veces por un lugar, cuyo nombre no tengo ahora presente. En él observé, que un mismo sugeto en mi primer viage se llamaba Pedro Fernandez; en el segundo oí, que sus vecinos le llamaban Señor Pedro Fernandez; en el tercero oí, que su nombre era Sr. D. Pedro Fernandez. Causóme novedad esta diferencia de tratamiento en un mismo hombre.

No importa, dixo Nuño. Pedro Fernandez siempre sera Pedro Fernandez.

CARTA XXVI.

DEL MISMO, AL MISMO.

Por la última tuya, veo quan extraña te ha parecido la diversidad de las provincias que componen esta Monarquía. Despues de haberlas visitado, hallo ser muy verdadero el informe que me habia dado Nuño de esta diversidad.

En efecto los Cántabros, entendiendo por

este nombre todos los que hablan el idioma Vizcaino, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fuéron los primeros marineros de Europa, y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su pais, aunque sumamente áspero, tiene una poblacion numerosísima, que no parece disminuirse con las continuas Colonias que envia á la América. Aunque un Vizcaino se ausente de su patria, siempre se halla en ella como se encuentre un paisano suyo. Tienen entre si tal union, que la mayor recomendacion que puede uno tener para con otro, es el mero hecho de ser Vizcaino; sin mas diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor de poderoso, que la mayor ó menor inmediacion de los lugares respectivos. El Señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y el Reyno de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman á estos paises las provincias unidas de España.

Los de Asturias y las Montañas hacen sumo aprecio de genealogia, y de la memoria de haber sido aquel pais el que produjo la reconquista de España con la expulsion de nuestros abuelos. Su poblacion demasiada para la miseria y estrechez de la tierra, hace que un número considerable de ellos se emplee continuamente en Madrid en la librea, que es la clase inferior de